

16 de julio de 2023
15° DOMINGO ORDINARIO CICLO A



LECTURAS

Isaías 55,10-11: Así dice el Señor: «Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.»

Salmo 64: Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales. Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus brotes. Coronas el año con tus bienes, tus carriles rezuman abundancia; rezuman los pastos del páramo, y las colinas se orlan de alegría. Las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses, que aclaman y cantan.

Romanos 8,18-23: Sostengo que los sufrimientos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.



Mateo 13,1-23: Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó, y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga.» Después se le acercaron sus discípulos y le preguntaron: "¿Por qué les hablas en parábolas?" Él les respondió: "A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos; pero a ellos no. Al que tiene, se le dará más y nadará en la abundancia; pero al que tiene poco, aun eso poco se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple aquella profecía de Isaías que dice: Oirán una y otra vez y no entenderán; mirarán y volverán a mirar, pero no verán; porque este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos, con el fin de no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón. Porque no quieren convertirse ni que yo los salve. Pero, dichosos ustedes, porque sus ojos ven y sus oídos oyen. Yo les aseguro que muchos profetas y muchos justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron. Escuchen, pues, ustedes lo que significa la parábola del sembrador. A todo hombre que oye la palabra del Reino y no la entiende, le llega el diablo y le arrebató lo sembrado en su corazón. Esto es lo que significan los granos que cayeron a lo largo del camino. Lo sembrado sobre terreno pedregoso significa al que oye la palabra y la acepta inmediatamente con alegría; pero, como es inconstante, no la deja echar raíces, y apenas le viene una tribulación o una persecución por causa de la palabra, sucumbe. Lo sembrado entre los espinos representa a aquel que oye la palabra, pero las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas la sofocan y queda sin fruto. En cambio, lo sembrado en tierra buena, representa a quienes oyen la palabra, la entienden y dan fruto: unos, el ciento por uno; otros, el sesenta; y otros, el treinta".





LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

ESCUCHAR PARA DAR FRUTO

El Dios de los cristianos no parece responder a las exigencias del mundo contemporáneo tan dado al pragmatismo, a los resultados claros y evidentes, a la eficacia visible e inmediata. Dado que, en términos generales, el aspecto objetivo de la realidad, es decir, aquello que el hombre puede percibir a simple vista no se corresponde con sus ideales de libertad, de gozo, de paz y plenitud, sino que por el contrario le grita a voz en cuello que toda búsqueda humana por alcanzar esos ideales es mera utopía, estupidez, vanidad y sinsentido, el hombre acaba por sumergirse en la irreflexión y la vanagloria de los placeres superficiales que de algún modo hacen de paliativo al absurdo de la existencia.

Para el ser religioso (en el sentido más fuerte y positivo del término) el encuentro con Dios no resulta nada fácil, pues la relación no puede darse de la misma forma que entre dos seres de igual estatuto ontológico (lo cual ya es bastante fatigoso de cualquier modo), sino que es la relación entre dos seres que tienen que habérselas con una abismal diferencia no solo cuantitativa sino, y sobre todo, cualitativa.

Dios no es solo más que el hombre sino que es distinto de él. Aquí es donde el hombre encuentra su principal dificultad para relacionarse con el Absoluto. No estamos en modo algunos capacitados para relacionarnos con lo que no entendemos, todo lo queremos adecuar o enmarcar en nuestro sistema interpretativo y cuando no lo logramos esa realidad indescifrable aparece a nuestros ojos como un gran interrogante que nos llena de temor y, claro está, la salida más fácil es desentendernos de ella o adecuarla (aún a costa de su verdadera identidad) a nuestra voluntad.



Cuando escuchamos o miramos con atención algunas expresiones que brotan de la religiosidad cristiana me pregunto qué tanto manifiestan una auténtica experiencia del Dios Uno y Trino revelado por y en Jesús, ¿No serán más bien expresiones plásticas o verbales que proyectan una falsa idea de Dios?

Pero aún el auténtico creyente, aquel que se toma en serio la Palabra que Dios le pronuncia y hace de ella su baluarte y punto de referencia para su vida entera, se enfrenta con la dificultad de una Palabra divina, trascendente, meta-histórica, absoluta, que viene vehiculada por otra palabra humana, histórica y por lo tanto contingente, anclada a una cierta cosmovisión, a una particular cultura, a un determinado lenguaje que responde a los condicionamientos propios de lo histórico.

Es la única forma en que el hombre puede recibir la Palabra trascendente, inteligirla y hacerla suya, de otro modo quedaría estéril, inalcanzable y, en el fondo, inútil. El texto del profeta Isaías lo hace notar con claridad meridiana y con una forma poética extraordinaria: *“Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié”*. En cierto modo, podemos decir que la Palabra de Dios al comunicarse a los hombres deja su “lugar” propio, se autoexilia al penetrar en el mundo del hombre, es la eternidad que se encarna en la ambigüedad de la historia para tocar a la criatura. ¿Cuánto durará su exilio? ¡Hasta que haya realizado lo que le plugo a Dios y haya cumplido aquello a lo que la envió! Naturalmente que el profeta no tenía idea del alcance y significado que sus palabras adquirirían tras el acontecimiento Cristo.

En una lectura cristiana del texto de Isaías es posible interpretar la profecía como un anuncio de la encarnación del Verbo eterno. En efecto, Jesús es la más densa encarnación de la Palabra, que ya de algún modo y prefigurativamente se “encarnó” en la palabra profética de Isaías, Jeremías, Ezequiel, y tantos profetas modernos que anunciaron y anuncian la única Palabra capaz de fecundar al mundo y hacer brotar los frutos que necesita. Pero en Jesús esa Palabra se ha encarnado literalmente, de tal modo que, quien vio a Jesús, vio a esa Palabra en forma perceptible a los sentidos. ¿Puede acaso la mente comprender tan inefable misterio? Una vez más somos invitados a arrojarnos confiadamente en los brazos divinos que esperan en la oscuridad del no saber.

Pero la encarnación de la Palabra y por lo tanto su exilio no ha terminado aún, su misión no se ha completado. En la carta a los Romanos Pablo afirma que la creación todavía espera ansiosa la “*revelación de los hijos de Dios*” y la “*liberación de la servidumbre de la corrupción*” y como con dolores de parto se va gestando el nuevo cosmos crístico que florecerá finalmente en el ésjaton que le aguarda.



Mientras tanto, también el hombre espera “*el rescate definitivo de su cuerpo*”, es decir, la total plenificación humana que se manifestará diáfananamente en su modo de estar ante el mundo, transparentando e irradiando la divinidad que le habrá penetrado en la totalidad de su ser. La única herramienta con que el creyente cuenta para caminar por los escarpados vericuetos de la historia es la Palabra. Quizá el lector podría objetar que el Espíritu nos ha sido dado precisamente para caminar como discípulos, y seguramente que tendría razón, pero no hay que olvidar que el Espíritu no actúa independientemente de la Palabra, más aún, según el Evangelio de Marcos el Espíritu desciende sobre Jesús en el episodio del bautismo del Señor, con lo cual el evangelista nos está diciendo que Jesús es ahora el “lugar” de acción de la *ruaj* (Espíritu) de Dios.

En el Evangelio según San Lucas Cristo es el portador del Espíritu. En Cristo, Palabra encarnada se encuentra la fuerza capaz de someter el caos. Cristo es la fuerza para tomar la camilla y caminar como hombre libre. Cristo es por ello el Camino, la Verdad y la Vida, Cristo es la Palabra que, unida sustancial e indefectiblemente al Espíritu, lleva a la creación hasta su consumación definitiva en el Padre.

Así, en el devenir de la historia, el creyente debe fiarse de la “oscura eficacia” de la Palabra que actúa en los corazones y en la ambigüedad de la vida terrena el discípulo es llamado a considerar su actitud y disposición de cara a la Palabra. El Evangelio de Mateo nos presenta uno de los textos evangélicos más conocidos no solamente entre los cristianos sino en el mundo entero: la parábola del sembrador. Este texto es riquísimo en intuiciones espirituales de aplicación irrenunciable en la vida de todo aquel que pretenda llamarse seguidor de Jesús. Por ahora solamente nos fijaremos en un aspecto: Jesús mismo explica el simbolismo de la tierra, de la semilla, de los pájaros, del mismo sembrador, de los abrojos, etc.

La tierra simboliza el corazón del hombre (que en la mentalidad semita o bíblica) no es la sede de los sentimientos (como sí lo es en nuestra cultura occidental) sino de la sabiduría; es en el corazón donde se recibe la Palabra, se medita y se toman las decisiones que marcan rumbo en la vida espiritual. El “corazón” está en íntima conexión con los “oídos” y los “ojos”: «*Porque se ha embotado el corazón de este pueblo. Han hecho duros sus oídos y sus ojos han cerrado*». La consecuencia es que al no “escuchar”, es decir, no atender con actitud receptiva la Palabra, su verdad queda fuera del alcance del entendimiento profundo y no puede descubrirse la acción de Dios en la urdimbre de los acontecimientos.

Así pues, hoy somos invitados a asumir una actitud verdaderamente creyente, una actitud permanente y perseverante de escucha de la Palabra que nos permita discernir con sabiduría para abrazar el camino de la plenitud y gozarnos con las obras redentoras que el Señor realiza en nuestras vidas. Invitados pues a tener oídos para dar frutos al ciento, al sesenta y al treinta.





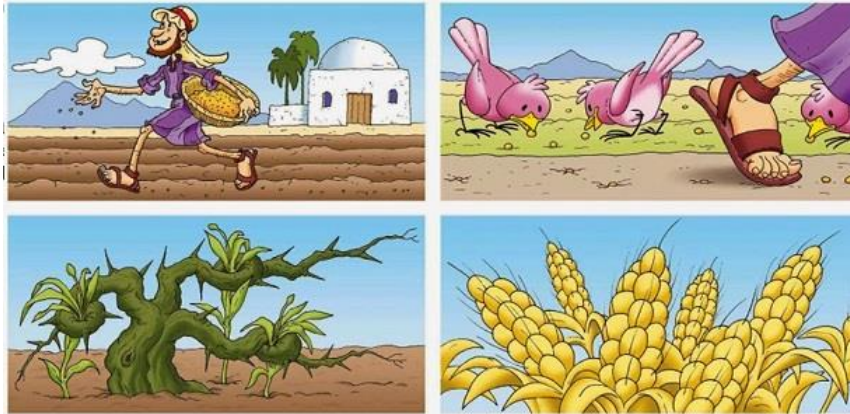
SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- Cristo ha cumplido su misión, ha fecundado el mundo, le ha dado vida definitiva, más aún, le ha comunicado su propia vida. ¿Y tú? ¿Cómo cumples la misión que te ha encomendado Cristo, que no es otra distinta a la de él? ¡Dar vida a otros mediante tu testimonio, servicio y amor!
- Dios va cuidando tu alma, la va preparando con su Espíritu para que reciba la Palabra y así dé fruto abundante de belleza y bondad. Describe lo que Dios ha hecho en ti, cómo ha sido ese proceso y cuáles son los frutos que vas dando en el mundo
- ¿Cómo vives la esperanza de aguardar lo que un día se revelará plenamente de tu misterio como hijo de Dios? ¿Cómo impacta esto a los que te rodean en medio de un mundo marcado por la desesperanza y la tristeza?
- Describe la forma en las que has vivido los diferentes tipos de tierra para recibir la Palabra. ¿Cuándo has sido refractario a la Palabra, superficial, preocupado por las cosas del mundo a tal grado que sofocas la Palabra o bien receptivo y obediente para ponerla por obra? ¿Qué resultados has tenido en todos los casos?





CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar con este bello canto: "Al sembrador" (Salomé Arricibita). Solo debes escanear el código QR:





LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



LA PALABRA DE DIOS ES FECUNDA Y EFICAZ: PAPA FRANCISCO





ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL

La autobiografía de Jesús

Jesús se dirige a la multitud con parábola del sembrador. Es una página, de algún modo, «autobiográfica», porque refleja la experiencia misma de Jesús, de su predicación: Él se identifica con el sembrador que esparce la buena semilla de la Palabra de Dios y percibe los diversos efectos que obtiene según el tipo de acogida reservada al anuncio. Hay quien escucha superficialmente la Palabra pero no la acoge; hay quien la acoge en un primer momento pero no tiene constancia y lo pierde todo; hay quien queda abrumado por las preocupaciones y seducciones del mundo; y hay quien escucha de manera receptiva como la tierra buena: aquí la Palabra da fruto en abundancia.

Este Evangelio insiste también en el «método» de la predicación de Jesús, es decir, precisamente, en el uso de las parábolas. «¿Por qué les hablas en parábolas?», preguntan los discípulos (Mt 13, 10). Y Jesús responde poniendo una distinción entre ellos y la multitud: a los discípulos, es decir, a los que ya se han decidido por él, les puede hablar del reino de Dios abiertamente; en cambio, a los demás debe anunciarlo en parábolas, para estimular precisamente la decisión, la conversión del corazón; de hecho, las parábolas, por su naturaleza, requieren un esfuerzo de interpretación, interpelan la inteligencia pero también la libertad.

Explica san Juan Crisóstomo: «Jesús pronunció estas palabras con la intención de atraer a sí a sus oyentes y solicitarlos asegurando que, si se dirigen a él, los sanará». En el fondo, la verdadera «Parábola» de Dios es Jesús mismo, su Persona, que, en el signo de la humanidad, oculta y al mismo tiempo revela la divinidad. De esta manera Dios no nos obliga a creer en él, sino que nos atrae hacia sí con la verdad y la bondad de su Hijo encarnado: de hecho, el amor respeta siempre la libertad.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS

¿Alguna vez has sembrado una semilla? ¿Qué se requiere para que una semilla crezca y se convierta en una planta sana, fuerte y hermosa? Te cuento que las lecturas de hoy nos muestran que cada uno de nosotros (tú también), somos como semillas en las manos de Dios, vamos a ver:

- **Primera lectura:** Dios mismo explica que envía a la tierra su palabra para que se cumpla su voluntad y es como si enviara la lluvia para que las semillas crezcan y den fruto. Es decir, él manda todo lo que necesitas para ser feliz. ¿Aceptas las cosas buenas que Dios te regala?
- **Salmo:** Explica lo cuidadoso que es Dios con su tierra, con cuanto cariño la atiende y así sus semillitas crecen y dan mucho fruto.
- **Segunda lectura:** Pareciera una petición de que los hijos de Dios se conviertan en lo que están llamados a hacer, porque parece que se están tardando. Tal vez algunas semillas se resisten a crecer o tienen un proceso lento para responder a todos los cuidados de Dios.
- **Evangelio:** Jesús nos cuenta como el sembrador (Dios) siembra varias semillas, pero no todas crecen de la misma manera, algunas se secan pronto, otras se las llevan los pájaros y otras, afortunadamente dan mucho fruto.

Podríamos decir entonces que Dios es el sembrador que cuida amorosamente la tierra y le da todo lo que necesita para que su semillita crezca sana, fuerte y hermosa. Tú eres esa semilla, ya está todo dispuesto para que tengas una vida plena, lo único que falta es que aceptes los cuidados y las atenciones de Dios. ¿Qué respuesta le quieres dar a Dios? ¿Respondes al amor de Dios o prefieres ir solito, por tu cuenta? Tú decides. Feliz domingo.





ECOS DE LA PALABRA

DESDE LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

Querido adulto mayor: en las lecturas de esta semana podemos encontrar consuelo y fortaleza en esta etapa de vida. Dios nos recuerda que todos somos parte importante de su plan y que tu experiencia y sabiduría son valiosas para Él y para la comunidad.

En el libro de Isaías el Señor compara su Palabra con la lluvia y la nieve que riegan la tierra y la hacen fecunda. Así como la lluvia no vuelve al cielo sin haber cumplido su propósito, la Palabra del Señor no regresa vacía. Esto nos recuerda que tus palabras y acciones como persona mayor pueden tener un impacto significativo en aquellos que te rodean. Tu sabiduría puede sembrar semillas de fe y amor en las vidas de los que te rodean. Te invito a que sigas siendo portador de la Palabra del Señor confiando en que Él cumplirá su voluntad a través de ti.

En el Salmo 64 se nos habla de cómo Dios cuida de la tierra y la riega abundantemente. Su provisión es generosa y bendice la naturaleza que nos rodea. De la misma manera, el Señor nos bendice y nos provee en todas las etapas de nuestra vida, incluso en la vejez. Te invito a que hagas un ejercicio de agradecimiento a Dios por su amor y cuidado constante.

En la carta de San Pablo a los Romanos se nos recuerda que la creación misma anhela la plena manifestación de los hijos de Dios. Como adulto mayor a menudo enfrentas sufrimientos y limitaciones físicas. Sin embargo, hay que recordar que la verdadera esperanza se encuentra en la libertad gloriosa que se nos ha prometido como hijos de Dios. Aunque podemos enfrentar dolores y dificultades sabemos que nuestra redención



está cerca y que la creación misma será liberada. Mantén la esperanza en Cristo sabiendo que los sufrimientos presentes no se comparan con la gloria futura que se nos revelará.

En las lecturas de esta semana el Señor nos habla sobre la importancia de sembrar la Palabra de Dios en los corazones de nuestros hijos. A través de estas palabras sagradas, somos recordados de nuestra responsabilidad como padres y se nos anima a ser sembradores de fe y amor en las vidas de nuestros hijos y seres queridos.

En la parábola del sembrador Jesús nos enseña sobre las diferentes maneras en que la palabra de Dios puede ser recibida por nuestros hijos. Algunos pueden ser como el camino donde la palabra es arrebatada por el demonio. Otros pueden ser como terreno pedregoso o entre espinos donde las preocupaciones y las distracciones sofocan la fe. Pero también hay aquellos que son como tierra buena donde la palabra encuentra raíces profundas y da fruto abundante. Como padres tenemos la responsabilidad de sembrar la palabra de Dios en los corazones de nuestros hijos buscando que caiga en tierra fértil. Esto requiere paciencia, perseverancia y amor incondicional. Necesitamos ser ejemplos vivos de la fe, transmitiendo los valores y enseñanzas de nuestro Señor en nuestras palabras y acciones diarias. No podemos controlar cómo recibirán nuestros hijos la Palabra, pero podemos confiar en que Dios obrará en sus corazones en su tiempo perfecto.

En la lectura de San Pablo a los Romanos se nos recuerda que la creación misma está esperando la plena manifestación de los hijos de Dios. Nuestros hijos son un regalo y una bendición y están llamados a ser luz en este mundo. Enfrentaremos desafíos y sufrimientos en nuestra tarea de criarlos, pero debemos recordar que nuestra esperanza está en la redención y en la libertad gloriosa que se nos ha prometido en Cristo. Confiemos en que el Espíritu Santo trabaja en los corazones de nuestros hijos moldeándolos a la imagen de Cristo.

Les invitamos a que nunca subestimen el poder y la influencia que tienen en la vida de sus hijos y seres queridos. Sus palabras, su amor y su ejemplo son fundamentales en su formación. Que sigan sembrando la Palabra de Dios en sus corazones, buscando que crezcan como árboles fuertes y fructíferos. No estamos solos en esta tarea, el Señor camina con nosotros y nos fortalecerá en cada paso del camino.

